

Prosa y Verso

periódico literario

Redacción y Administración, Pedro de la Gasca .7.

SUMARIO

Entre sábados, por Naclares.—Cosas de la Calle, por J. Salgado.—Divagación, por Guillermo García.—Ahí se puede estar, por Francisco Delgado.—Ecos de Sociedad, por *El Diablo Cojuelo*.—Colmos, por Amaro González.—La Rosa y la Amapola, por Angel Macías Rodríguez.—Comunicación frustrada, por José Mayoral Fernández.—Aldeana, por Jesualdo Jiménez de Cisneros.—A un Crisatero, por Joaquín Albi.—2.º Concurso.—Apartado de Prosa y Verso, por El Cartero.

Entre sábados.

Esto es Avila.

Nuestra beatífica y santa capital, ya tiene el aspecto monástico y húmedo de claustrales oquedades. Ambiente frío y silencioso como alma fósil de penitente cartujo. Denso manto de plomiza niebla, oprime los pulmones y baña la piel con vaho lacrimoso de criptas cinerarias.

El espíritu se llama á recojimiento ennichándose en el angosto y sombrío hueco de un insociable mutismo. Los seres, esfumándose borrosos en atmósfera brumosa, se cruzan de vez en vez, como espectros macabros que acuden al aquelarre. En las cimera torres gimen campanas con ojos lastimeros de oración fúnebre que espanta en bandadas á inmundal legión de grajos y lechuzas de agüeristas graznidos. El día agoniza místicamente sin haber podido alabar la grandiosidad del astrorey y la población parece hundirse en el profundo foso universal de las ciudades muertas. De trecho en trecho se divisan oscilantes lucécillas que brillan, con ténues parpadeos de agonizante sopor, como lamparillas recordatorias de ánimas del Purgatorio, llamadas á redención en un solo día del año. Suenan las nueve.

Es la hora del cenáculo.

Brujas, furias, maléficos y agoreros, zumban en el espacio, negro como alma de condenado, y el lúgubre enjambre se choca en revuelto torbellino lanzado, al áspero crujir de sus sudáricas tunicelas, fosforescencias ácras y enloquecidas de fuegos fátuos.

Silbidos agudos y estridentes del cierzo serrano, hace crujir las añosas puertas, bamboleando los esqueletoideos cables eléctricos que se hieren mutuamente vertiendo como gotas de sangre, los candescentes harapos de sus astrosos cuerpos galbanizados.

Todo es frío, monótono y triste en las tortuosas y solitarias calles de la ciudad santa.

Entremos en las casas.

Señorial caserón, roquizo y negruzco, con apariencias de fortaleza feudataria. Escudos blasonados coronan la puerta de entrada de aquel castillo que en tiempos perteneció á algún noble caballero de férrea armadura y corazón de bronce. Hoy es morada propia de algún rico labrador, adquirida tal vez en retroventa de un préstamo usurario.

Trasponeemos el lóbrego zaguán y en la puerta que dá acceso á las habitaciones, vemos una placa que dice; «La paz de Dios sea en esta casa». Subimos la amplia escalinata de granito, deteniéndonos en espaciosa galería de claustro conventual y escuchamos atentamente el murmurar de voces en la próxima estancia. Es el comedor de los señores. Hasta nosotros llega el olor pastoso de viandas sazonadas que empalagan la atmósfera, caldeada por el fuego avivado de gigantesca chimenea de la Edad media. En rededor de espaciosa mesa de añejo roble tallado, hay sillas de modernista estilo y algún cómodo y antiguo sillón frailuno; ocupados estos por las personas graves y

aquellas por inquietos cuerpos juveniles que oscilan como azogados.

Ha dado fin la laboriosa cena y los ardores de la digestión animan la sobremesa, mientras humea en las tazas el aromático moka. Un señor rojo y apoplético eleva la diestra mano, haciendo la señal de la cruz y dá gracias al Todopoderoso por haberle concedido un día más de vida holgadamente dichosa.

Dan las diez en la sonería imperio de dorada esfera.

La váquica hora de los concilábulos invernales al rededor del fuego que huele á castañas asadas. La diosa Murmuración empieza á reinar en las tinieblas y allí, en aquella santa casa poseedora de la paz y fiel cumplidora de los preceptos divinos, se murmura de todo y no se deja en paz tira de piel del cuerpo ageno.

—Has visto que sombrero te más ramplón llevaba esta tarde la de Fulano—dice una bocecilla femenil de púber clorótica.

—Ya, ya; que mal gusto ha tenido la pobrecita—contesta otra solterona á *forciori*.

—A mi no me hace creer que se los traen de Madrid.

—Cá, boba, esos se los manda una tia suya que es modista y los comprará de lance seguramente.

—Sabes, Ruperta, lo que dicen por ahí de Don Jorge?

—¿Que dicen?

—Que ha hipotecado la dehesa de *Los chorrillos* y, cuando ha llegado á eso, no andará muy bien.

—Como ha de andar; como ha] andado toda su familia, que son un atajo de tramposos. Asi se ha visto la hermana, que no tiene el diablo por donde cojerla.

—Me estoy temiendo que no me pague la montanera.....

—¿Que te parece el Ariñano ese del cine? ¿verdad que tiene mucha gracia?

—No deja de tenerla, pero si oyeras los discos nuevos que hemos traído con cuentos verdes del maestro Dominguez, ya verias cosa buena. Esos si que tienen gracia, aun que son un poquito escandalosos.

—No los pondrás las tardes que venga el padre Cobos.

—¡Ave María Purísima! ¡Pobre señor; saldría escandalizado y hasta nos excomulgaria.

—Dicen que fulanita no anda en muy buenos pasos.

—Eso he oido yo decir y, la verdad, es que ya no me extraña nada porque, ya ves, tambien Menganita parecia una mosquita muerta y luego salió con aquello del teniente. Que aun no se ha averiguado si seria cierto ó no seria cierto, pero cuando el rio suena.....

—Vaya señores, es hora de recogerlos. Hagamos cada uno nuestras oraciones de costumbre—dice una voz destemplada de asma crónica—y esperemos á amanecer con salud. ¡La paz de Dios sea con nosotros.

Fúrias, brujas, maléficos y agoceros siguen alborotando chirriantes, en macabro concierto, al horrisono silbido del cierzo helado.

Seguimos las calles humedas y silenciosas encaminando nuestro pisar lento á los barrios desheredados de caridad humanitaria.

Por una pequeña ventana que besa el suelo de la calle, y en una casita pobre y reducida, de barro adobes jalvegados, penetra, como arma homicida de la desventura, el filo cortante del hielo hecho aires, suficiente para matar una familia, é inútil para roturar unos pulmones.

La luz mortecina de un candil, deja ver por los resquicios mal unidos, una misera estancia sin más ajuar que un jergón, una silla y dos cacharros, que esperan junto al casi extinguido rescoldo de alguna leña que ardió en el pequeño hogar desmantelado.

Una mujer, jóven aun, llora oprimiendo contra su pecho una tierna criaturita extenuada por la fiebre y el hambre, y su doliente sollozar, más bien parece el rugir de leona que defiende la presa.

—¡Pobrecito, angel mio! ¡Que triste es verte morir de hambre y de frio, sin poder remediarlo! Y no puedo; mi pecho ya no dá una gota de leche. ¡Si al menos pudiera darte en él mi sangre! Pero, ni aun eso.

Un hombre mozo entra en la estancia envuelto en sucia y destrozada bufanda.

—¡Nada!—dice dejándose caer pesadamente sobre el jergón, He ido á ver á mi maestro y dice que en toda esta semana no pueden darme trabajo. Fui á ver á los señores y me echa-

ron poco menos que con cajas destempladas. Que son muchos los que socorren..... Que no pueden atender á tantos..... Que tengamos paciencia.....

—¡Paciencia!..... ¡paciencia, muriéndose nuestro pobre hijo!

—Para los ricos..... puede esperar la muerte. Ellos mandan.

—Es verdad. Tengamos paciencia y confianza en Dios. Mañana será otro día.

En viento calma. Lejana algarabía de furias y agoreros extinguen sus gritos guturales como hálitos de vida que se escapa. Copiosa nieve cae sobre la negra costra de la ciudad austera, cubriéndola con el blanco manto de pureza, que oculta sus vicios y miserias.

Un gallo canta la presurosa llegada del nuevo día.

Indeciso rayo del sol rasga las tinieblas en giron de plata que reberbera en la nieve.

La atmósfera es vivificante y diafana. Saludemos al astro-rey que nos hace revivir otras cuantas horas, como moléculas animadas de las ciudades muertas.

NANCLARES



Cosas de la calle

Yo que paseo el Alcazar por mañanas y por tardes bajo sus modernos arcos oigo cosas muy notables.

A veces frases al vuelo, y así consigo enterarme de cosas, que ¡la verdad! no debiera saber nadie.

Ayer dieron á una *niña* una broma tan pesada que todavía me rio solamente al recordarla.

Creo que ella no reiría como reí yo la gracia, pero aseguro, que sí se puso muy colorada.

La decían... mas despacio, cuidado con las palabras, que la broma es escabrosa y hay que pensarlo al contarla.

Pues verán; con mucho ingenio

dijeron á la muchacha... más, me dá mucha vergüenza y no lo cuento ¡caramba!

J. SALGADO.



DIVAGACION

No sé si es este para mi, momento de escepticismo, ó de despecho, ó de estado incierto del alma entre presentimientos y dolores extraños. Acaso sin ser nada de eso, presiento un poder sobre mí de nostalgia y melancolía.

Quiero explicar tales divagaciones del espíritu y solo encuentro la duda. ¿Serán acaso los desengaños de la vida? ¿la hiel vertida sobre mi corazón por la satírica saña de enemigos y adversarios? Siempre de ellos esperaba el mal, y tal convicción parecía no turbar mi ánimo, porque yo despreciaba de antemano, aun suponiendo derrotas, la maldad vencedora.

Siento abatimiento, dolor moral. Paréceme que conozco la vida, que puedo dominar y acallar afectos y pasiones, que puedo sonreír ante la lucha de los corazones, pensando mi conciencia, investigadora del instinto, y luego, más amargura y más dolor siento vertidos sobre mi alma. ¿Cuál es la causa? Quizá esta vida melancólica que languidece, que se apaga. Esta vida senil que parece extinguirse aniquilando cruelmente fuentes de poesía.

Hallo en paisajes, en cielos, en murmullos y en brisas, cansancio y desaliento, pálidos matices de un morir triste, apagados alientos de una extinción lenta. Entre tanta melancolía, melancolía en el alma, melancolía en el cielo y ese hálito de somnolencia que parece salir de la tierra como postrer sensación, parece sentirse en la carne el beso que hiela. En mi espíritu soñador, dejan en su agonía, algo de su vivir moribundo.

Y en este aniquilamiento, parece que todo sucumbe. Hasta los séres. No esas almas campestres y rudas que, cual bosques salvajes donde solo á través de su espesura han pasado ténues reflejos, solo en sus rincones oscuros dejan anidar las pasiones del corazón, vírgenes y brutales, haciendo al ser víctima del capricho de un instinto ciego, no. Esas, no se aniquilan: no han llegado más que á nacer. Es ménester dejarlas, y si es caso, compade-

cerlas, porque en su primitiva condición, pueden ser arrastradas por torbellinos de ciega pasión, que ellos practican, fieles servidores de leyes inmutables y eternas, cuando podían suspirar y gemir, con la conciencia del dolor moral, por algún sentimiento noble, de esos que aureolan la frente con la sublimidad de una expresión en que se evapora un grito interno que se ahoga, en la conciencia de la vida. ¡Ah! Son selvas vivientes de pasiones incultas. Esos no parecen intervenir en este decaimiento y en esta ruina que siente el ánimo al presenciar arideces y yermos.

Lo que acaba con la última voluntad, de vivir entre tales melancolias, es la soledad del alma que en la última expansión, busca un sacudimiento á su voluntad abatida. No la encuentra. Allí, donde cree hallar eco á sus sentimientos delicados, en la *nobleza* del lugar, —¡jactancia y ramplonería!—donde trata expresar sus lamentos creyendo hallar impulsos y arrebatos de inspiradas quejas, halla tan solo la pedante y si es caso, burlona sonrisa de la ignorancia.

Solo en sus sentimientos,—he llegado á comprender,—cabén odios mezquinos, miras de una hipocresía rastrera, egoismos pequeños de alma ruin. He llegado á comprender un tanto lo superficial de sus expresiones. Lo intenso de una palabra, puede ser creído ó supuesto, al pronunciarla sus labios, por el oído que escucha, pero no existe en el fondo de su pensamiento. ¡Honor, dignidad, altivez moral! ¡Qué palabras más hueras para ellos! Son frases vanas de su boca, y si quieren demostrar su altivez que debe existir en la diafanidad del alma, (que todas las claridades y resplandores descienden de las alturas, lejos del lodo y del cieno) esa energía moral que debe tener á raya las pecadoras tentaciones de las pequeñeces de la vida, su alma no lo oye, que no responde más que á su natural condición, por consanguinidad y temperamento, incapaz por tal cosa de sacudir de sí las tinieblas del mal.

Hablan neciamente, trocando lo ideal de la vida, execran, cantando perfección moral, míseros egoismos y viles pasiones, y luego, por distinto lado caen, estando embriagados en su natural condición, de tal manera, que parece morir su dignidad, y en ésta agonía. abandonándose en la lobreguez del alma, inclinada la pirámide de la conciencia; al barro donde se agita el cuerpo egoísta, escogen la posición

mejor. ¡Oh! Se arrastran como viles gusanos, entre podredumbres de interés material, suplicando con ansias mezquinas vida para hoy, allí donde ellos, en su vil intención, quisieron ayer sembrar la muerte.

En éste cruel tormento, sintiéndose el alma solitaria ¿qué más necesita, para anegarse en tales presentimientos? ¿Puede desterrar este presentimiento, ese paisaje cada vez mas muerto y ese cielo cada vez más gris? ¡No! ¡Solo el calor de otras almas. ¡Ah! ¡Desecho el presentimiento de tal esperanza por la convicción de que toda sombra no puede dar ninguna luz, he adoptado en el desengaño concebida, la fría actitud de reir con desden de sus miserables pequeñeces.

GUILLERMO GARCIA.



AHI SE PUEDE ESTAR

SUCEDIDO

SE ALQUILA UN PISO TERCERO,
AMUEBLADO. HAY ASCENSOR.

Así leyó un caballero
que decía en un letrero,
puesto en la calle Mayor;
Lo que buscaba encontré;
¿podré verle yo portera?
Si señor, si suba usted,
y un pié, tras del otro pié,
dió cuenta de la escalera.
Llegó el hombre fatigado
al piso desalquilado
y una vez que descansó,
con ademán agitado
de esta suerte se expresó:
De qué manera se miente;
¿conque hay ascensor? ¡caray!
conteste inmediatamente.
Si señor, si que le hay,
pero... en la casa de enfrente.

FRANCISCO DELGADO.



Ecos de Sociedad

El domingo último á las diez de la mañana, se verificó en la iglesia parroquial de San Pedro de esta ciudad, el matrimonio de la simpática y elegante señorita Mercedes Luque y el joven farmacéutico Don Luis Crespo.

Vestia la novia precioso traje negro de tul bordado, con velo blanco y el novio la seria y correcta levita inglesa.

Apadrinaron á los novios Doña Rosa Dorda de Crespo, madre del novio y Don José Luque, padre de la novia y Director de la Sucursal del Banco de España en esta plaza; interviniendo como testigos Don Victoriano Nieto, médico forense y Don Mariano Dorda, Gentilhombre de S. M., tío carnal del novio.

La iglesia, como siempre que se casan en esta población personas de posición social, se vió llena de público ávido de presenciar esta clase de ceremonias; y en este caso la concurrencia fué mayor debido á las muchas simpatías con que cuentan las familias de los contrayentes.

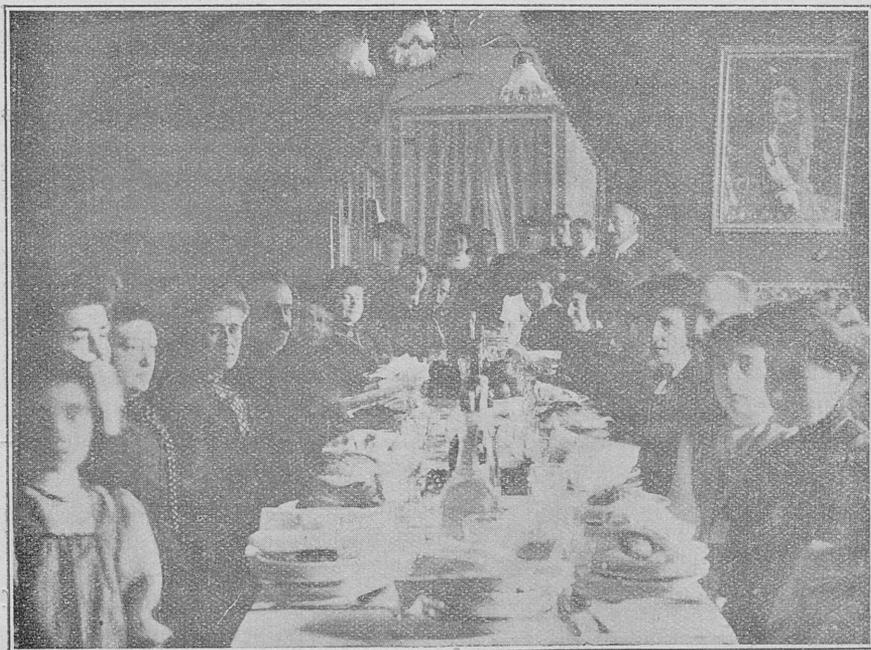
Entre las personas que concurrieron al acto invitados por ambas familias, recordamos á Don Alejandro Ramos Busquet, señora é hijas; Don Eduardo Gutierrez y señora; Señor Pelaez y señora; Don Juan Boronat y señora; Señores de Luque; Señores de Dorda; Señor Carmona (D. J.); Sres. de Luque, (Don C.); Señorita de Ramos Busquet y Señor Crespo, (Don M.)

Desde la iglesia, el cortejo sé trasladó á la casa que el Señor Luque, habita en la Sucursal del Banco, donde las personas que lo componian fueron obsequiadas con un espléndido almuerzo que sirvió el popular Pepillo.

En el momento en que se daba comienzo al almuerzo, el conocido industrial Señor Fuentaja, obtuvo una interesante fotografia con destino á ilustrar esta crónica.

Los recién casados salieron el mismo día á las tres de la tarde con dirección á Madrid, de donde regresaron en el mixto de ayer.

Damos nuestra sincera felicitación á las familias de los contrayentes y á estos deseamos venturas sin cuento.



Ha fallecido en Murcia D. Vicente Honorio Laustalet, hermano político de nuestro particular amigo Don Constantino García. A éste y á la demás familia del señor Laustalet (que gloria halle), damos nuestro más sentido pésame; asociándonos á su profundo pesar.

Por R. O. fecha 10 del actual se ha concedido la excedencia á Don Daniel Rieta Oficial de 5.^a clase. electo, de la Intervención de Hacienda de esta provincia.

EL DIABLO COJUELO.



COLMOS

¡Qué intrépido cazador!
según iba disparando,
mató á la osa mayor
y á los toros de Guisando.

Un oculista famoso
que á muchos sobrepuja
disolvió las cataratas,
en el ojo de una aguja.

De Hércules trabajaba
en un *cine* un buen señor
que con inaudito esfuerzo
llegó á levantar... la voz.

Hizo un bonito negocio
un camisero en mi tierra,
despachando las camisas...
que se mudan las culebras.

Viejo, triste y achacoso
el pescador Luis Simarro
por no perder la afición
ha pescado... un gran catarro

Un bombero ha pretendido
con toda su sanfasón
apagarle á todo el mundo
el fuego de la pasión.

Un célebre lapidario,
dice que á Cuba ha de ir
á ver si puede labrar
un brillante... porvenir.

El colmo de la tortuga,
ó el colmo del caracol
fuera pagar al casero
en monedas de á doblón.

AMARO GONZALEZ



La rosa y la amapola

(FÁBULA)

Decía la altiva rosa
á la amapola sencilla:
jamás te acerques á mí
porque tu amistad mancilla.

Que eres tú flor sin fragancia
y yo soy de altiva prez
que á todas las demás flores
humillo con mi altivez.

En torno mio va y viene
alegre la mariposa
y estoy siempre donde hay
alguna mujer hermosa.

Soy encanto del poeta,
de las hermosas rival
soy disputada á porfia
por todos en general.

En cambio tu, te marchitas
sin que haya quien osado
disputar quiera tu *aroma*
á la espiga del sembrado

Que es la única que sufre
tus pestíferos olores
pues hasta vives huida
de todas las demás flores.

Tienes razón—la contesta—
con mesura, la amapola
en todo lo que no sea
el creer que vivo sola.

¡Que de mi nadie hace caso!
es una verdad, amiga,
pero yo se lo hago á todos
aunque esto te contradiga.

No puedo tener fragancia,
también eso te lo creo

pues solo en mi derredor
al pobre segador veo.

—
Abrumado por trabajos
secando al sol su razón
y agobiando los recuerdos
á su pobre corazón.

—
Sudando á veces le veo,
otras, le veo llorando
y lágrimas y sudores
en mi va depositando.

—
Y por eso mi color
es encarnado, comadre,
El color de mi vergüenza
es el color de su sangre

—
De mi vergüenza que sufre
ver al pobre segador

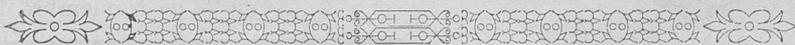
que se agobia, que trabaja
vertiendo un mar de sudor.

—
Los hombres solo en ti ven
el perfume y la hermosura
pero tu pinchas cruel
cual perversa criatura.

—
Haciéndoles ver así
su desdén para conmigo
que si es verdad no embalsamo
tampoco su piel castigo...

—
Y hablando así la amapola
llegó á todos á enseñar
que el que así quiera brillar
no tenga una virtud sola,
sepa, atraer y pinchar

ANGEL MACÍAS RODRIGUEZ.



COMUNICACIÓN FRUSTRADA

En el tranquilo seno de un coche de tercera
unido á un tren que iba con rápida carrera
surcando de Castilla el páramo férax,
viajaba yo una noche sin par de primavera
con dirección á una artística ciudad.

Sentábase á mi izquierda mujer gentil, que en años
cifras representaba de veinte á veintitrés.
Mirábame con ojos de afectos tan extraños
que alguna vez en ellos traduje sin engaños
hablarme en un idioma más árduo que el inglés.

La bella no negaba su tipo de española
podía deducirse que viajaba sola
porque familiarmente con nadie conversó;
pasado mucho tiempo de tren á mi alma entrola
curiosidad... y á ella mi voz se dirigió.

Más ¡oh fatal desgracia! obtuve de su boca
palabras de un dialecto de mi patria natal
que aunque mi inteligencia se revolvió loca
lo mismo que si fueran más sordos que una roca
mis útiles oídos, no dieron de oír señal.

El no entenderla nada causóme mal efecto
pues lo que más estimo hubiera dado yo
si en ese instante crítico aun de un modo incorrecto
hubiera conseguido vencer el dialecto
que ni una sola frase mi mente comprendió.

En ambos apagadas las guturales notas
como si nuestras lenguas vivas se hallasen rotas
durante el recorrido hubimos de pensar
lo triste de que siendo los dos compatriotas
no hubieramos podido en mútuo afecto hablar.

JOSÉ MAYORAL FERNÁNDEZ.

ALDEANAS

Cruzando los senderos
yo ví muchas mañanas
cantar las Aldeanas,
sus cantos plañideros.

Y en ecos lisonjeros
de voces tan lozanas,
perdianse galanas
risas de años primeros.

Llegaban á mi oído.
como un dulce sonido,
sus frescas risas.... Y era

lo mismo que argentina,
canción de golondrina
rimada en Primavera.

JESUALDO GIMÉNEZ DE CISNEROS.



A UN CRISANTEMO

Fecunda flor, que en el Oriente creces,
al jardín de la Europa trasplantada,
que en tu fresca corola matizada,
a gama del color á Octubre ofreces;
estrella sin segundo me pareces,
diadema de una frente nacarada,
y bronche que aprisiona la apretada
curva de femeniles morbideces.
No envidies el perfume de las rosas,
ni á flores que embalsamen los jardines
ó enguinalden las sienes de las diosas,
que reinan en saraos y festines;
que el albo seno donde tu reposas
puede prestar fragancia á los jazmines.

JOAQUIN ALBI.



Segundo Concurso de "Prosa y Verso,"

GEROGLIFICO,

POR UN ESPAÑOL

I 50 U ESPAÑA

Bases del Concurso.

1.^a A la persona que remita la solución exacta del anterior geroglífico, se le obsequiará con una participación de dos pesetas cin-

cuenta céntimos, para el sorteo de Navidad del corriente año de 1907, en el décimo cuyo número se publicará oportunamente.

2.^a Si fuesen varias las personas que enviasen la solución exacta, se procederá á un sorteo, adjudicándose el premio á la que resultase favorecida por la suerte.

3.^a Las soluciones deberán enviarse á la Redacción de PROSA Y VERSO, Pedro de Gasca 7, imprenta, extendidas en el adjunto boletín.

4.^a El plazo de admisión quedará cerrado á las cinco de la tarde del día 5 del próximo mes de Diciembre publicándose la solución y el nombre de la persona agraciada, en el número de PROSA Y VERSO correspondiente al sábado 7 del expresado mes de Diciembre y

5.^a El agraciado con la citada participación podrá recojerla, mediante entrega del oportuno recibo en la Redacción de PROSA Y VERSO

Avila 23 de Noviembre de 1907.

Segundo Concurso de "Prosa y Verso,"

Solución al geroglífico publicado en el núm. 12

Firma del remitente

Domicilio

Apartado de "PROSA Y VERSO,"

J. S.—Cebreros.—Recibido el importe de la suscripción hasta fin de Diciembre.

Petit.—Avila.—No se moleste en escribir seguidillas verdes, porque no hemos de publicarlas.

H. T.—Barco.—Se publicará, pero no puedo decirle cuando.

Sebastián Picadillo.—Madrid.—Ya me extrañaba que V. no hubiese escrito algo para PROSA Y VERSO. Le conozco hace tiempo y agradezco el envío.

Tartarin.—Valladolid.—Mande la firma y se publicará.

Agustín.—Barco.—Hecha la suscripción hasta fin de Enero.

R. A.—Madrid.—No me mande más sellos móviles porque no tienen salida.

Aguafuente.—Avila.—Las fotografías no las pago. ¿Lo quiere V. más claro?

EL CARTERO.

B. Manuel, impresor.—AVILA.